

## IX.

Así las cosas y andando los días, una noche, en casa de Verónica, tomó á ésta del brazo Sagrario; llevósela á un rinconcito lejos de la gente; y allí, sentadas las dos en sendos sillones de rica tapicería, dijo la vehemente rubia á su amiga, entre mustia y alegre, pero con más carga de lo primero que de lo segundo:

—¡Por fin!...

—Por fin... ¿qué?—preguntóle la otra con cara de pascua, al ver lo indefinible de la de su amiga.

—Que se decidió... *eso*.

—Y ¿cuál es *eso*?

—¡Jesús, y qué torpe estás hoy de entendederas! ¿Qué ha de ser *eso* más que... lo de Gonzalo?

—¡Lo de Gonzalo! Y ¿qué le pasa á Gonzalo, hija mía?

—¡Caramba con la chica esta!... Que me caso con él. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí que lo entiendo; pero no es noticia para mí. ¿Cuántos siglos hace que estáis... en *eso*?

—¡Dale, la muy taimada!... ¿No te he dicho que *por fin* se de-ci-dió ya? ¿Lo quieres más claro?

—¿Quieres decir que os vais á casar en seguida?

—Eso mismo.

—¡Acabaras!

Aquí un ratito de silencio. Cierta inquietud en Sagrario. Miradas investigadoras en su amiga, envueltas en sonrisas maliciosas. Recios, secos é intermitentes charrasqueos del abanico de la novia. Al fin volvió á hablar la primera, y dijo á la segunda, sin borrar de su cara la expresión maliciosa:

—¿Y para contarme esto solo me has traído tan acá y tan á escondidas, cuando podías haberlo publicado á gritos en medio de la tertulia... y de seguro lo publicarán mañana los periódicos en sus crónicas de salones?

—Para esto solo—respondió Sagrario sonriendo también,—y para lo que de ello se cae por su propio peso.

—Lo suponía: un poco de comentario; pero como te quedaste tan callada...

—Pensaba yo que á tí te tocaba empezar.

—Claro, ¡como no hay todavía franqueza entre nosotras, y tú eres una joven tan corta de genio!... ¿O es que piensas tomar el papel de casada por lo serio y comienzas ya á hacer provisiones de formalidad?... Lo cierto es que te desconozco esta noche...

—Ya ves tú... el lance, al fin y al cabo, si no es serio, es nuevo para mí; y al verme tan cerca de él...

—Con franqueza, Sagrario: ese lance ¿te duele ó te gusta?



—Ni me gusta ni me duele: le tomo como me le presentan: amasado y cocido. Me dicen «ahora;» pues ahora.

—¿De modo que tú no has contribuído á él... ni con la inclinación?

—Absolutamente, y bien lo sabes tú; ni ¿por qué había de contribuir con eso? ni, aunque quisiera, ¿cómo podría? Ya ves qué ganga... ¡Gonzalo!

—¿Qué?

—¡Qué estampa de galán! con todos los vicios del catálogo...

—Entonces ¿por qué le aceptas?

—¿Y á mí qué más me da? Dicen que las mujeres de nuestra alcurnia deben casarse, á cierta edad, con hombres de determinadas condiciones; la casa Miralta cree que no puede entroncar con otra que la de Camposeco, y ésta juzga que vino al mundo para fundirse con la de Miralta; yo soy la primogénita de la una, y Gonzalo es el único heredero de las grandezas y caudales de la otra; se acuerda entre ambas familias que Gonzalo y yo nos casemos... «para que se cumplan las profecías;» no se admiten consultas, ni protestas, ni reparos, porque, como «ellos» dicen: lo principal es que se haga el matrimonio, «lo demás no importa tres cominos;» á esta idea nos vamos haciendo, y á este papel nos vamos acomodando poco á poco el galán y la dama de esta comedia de la *buena sociedad*... hasta que llega la hora del desenlace, nos echan la bendición, se baja la cortina... y cada comediante á vivir como Dios le dé á entender.

Esto, después de bien mirado, es hasta cómodo. ¿No te parece á tí lo mismo, Nica?

Y Nica dijo que sí, pero sin dejar de sonreirse. En seguida preguntó á su amiga:

—Pero ¿no puede ocurrir que la dama de esa comedia tenga, al llegar ese desenlace, el corazón interesado por otro galán de los de la sala?

—¡Yo lo creo!... ¡y á quién se lo preguntas!— respondió Sagrario en un arranque de sinceridad de los suyos.

—Pues entonces...

—Entonces ¿qué?...

—Más claro: tú no amas á Gonzalo.

—*Naturalmente.*

—¿Y no preferirías para marido al hombre á quien amaras?

—Ponlo en presente: á quien *amo*.

—Lo pongo: á quien *amas*.

—Corriente... Pues te respondo que quizás no.

—¿Que no?

—Que no... ¿Te asombras? Pues no hay motivo para ello. Yo tengo acá mi teoría sobre el caso; y no así, al aire y como se quiera, sino fundada en la observación y en el propio sentir. De pronto te parecerá un lugar común de la manoseada sátira contra el matrimonio, porque algo así se ha dicho en esas rutinas desacreditadas; pero es cosecha de mi caletre, créelo. Te la expondré en forma de máxima, como *hacemos* siempre los sabios para acreditar vulgaridades: «si quieres conservar el amor que sientas por un hombre, con todo lo que



de este amor se sigue y se desprende, no te cases con él.»

—¡Cáspita!

—Así como suena, hija mía. Parece duro y un sí es no es atrevido; pero es la pura verdad. Y si no, tiende un poquito la vista sobre todo lo que conoces en derredor de tí: es un semillero de comprobantes de mi modo de pensar sobre el caso. Otra máxima: el amor se alimenta de deseos, de privaciones y de contrariedades; dale todo cuanto pida, sin cortapisas y á pasto, y cátales muerto en dos días: y muerto por hartazgo de prosa, que es, de todos los hartazgos, el más abominable.

Sonrefase otra vez la amiga de Sagrario al oír cómo ésta se despachaba, vuelta ya al pleno dominio de su carácter, y replicóla:

—Eso dependerá de la calidad del amor... me parece á mí.

—No hay más que una calidad de amor—repuso con ademán resuelto Sagrario,—y el amor tonto que no reza con nosotras.

—Y suponiendo que tú tengas razón—preguntó Verónica á su amiga, de cuyas palabras parecía estar pendiente, sin duda por la gracia que le hacían,—¿es lícito eso?

Revolvió aquí un poco en el sillón el lindo cuerpo la interrogada, y, después de vacilar un instante, respondió con gran desparpajo á su amiga:

—Verdaderamente que no me he puesto nunca á mirar el caso por ese lado; pero muy ilícito no debe de ser, cuando tanto se usa.

—¿Qué es lo que tanto se usa, Sagrario?

—¡Caramba! pues el vivir con el marido y el gozar con el amante... Me parece que cosa más corriente...

Después de estas palabras, fué Verónica quien se quedó un brevísimo rato algo suspensa; en seguida, sin dejar de mirar con marcada fijeza á su amiga, la dijo:

—¿Y qué piensa Gonzalo de esa teoría tuya?... Porque supongo que se la habrás dado á conocer...

A lo que respondió Sagrario con igual frescura que si el asunto no rezara con ella:

—¡Yo lo creo que la conoce! Pero ¿qué se le importa á él? ¡Gracias á Dios, no tiene por qué callar! ¿No sé yo la vida que ha hecho, la que hace y la que hará? ¡Ni más ni menos que la mía! ¡Para él estaba! Además, ¿qué pone por su parte en este fregado? Sus lacras, sus deformidades y sus vicios. ¿Puede, en buena justicia, y *aunque pudiera*, aspirar al pleno y singular dominio y usufructo de esta mi «lozana y exuberante juventud,» como dijo de ella nuestro poeta *Aljófar* en su anteuúltimo sahumero? ¡Oh! sobre estas materias, ni él ni yo podemos llamarnos nunca á engaño, por muy recio que truene. Estamos los dos bien enterados, bien prevenidos y bien conformes. Y ¿cómo no estarlo? Nuestro casamiento es lo que menos importa aquí, por lo tocante á las inclinaciones y propósitos de cada uno. Nos lo hemos dicho muchas veces, y ayer hicimos un esmerado resumen de todas las anteriores advertencias y prevenciones: «nos casa-



mos por razón de Estado, como si dijéramos; habrá de común entre los dos el hogar, los bienes y el ceremonial que es propio de la jerarquía en que se nos coloca. Fuera de esto, cada cual se atenga á lo suyo, guarde su alma en su almario y haga de su vida lo que mejor le parezca... por supuesto, respetando siempre las buenas formas y las conveniencias sociales...» porque á esto, bien lo sabes tú, *Beronic*, no se debe faltar jamás... Conque ya ves.

—¿Y tan conformes los dos?—dijo la otra, mirando á Sagrario con los ojos un poco fruncidos, mientras se abanicaba lentamente y se recostaba contra el respaldo del sillón.

—Tan conformes,—repitió la novia.

—¡No es poca fortuna!—añadió su amiga sin cambiar de postura;—sobre todo para tí.

—Y para él ¿por qué no?

—Porque como en Gonzalo no hay grandes prendas que admirar, ni bellezas que apetecer, se comprende sin dificultad que tú te avengas sin gran esfuerzo á ese convenio; pero que él se resigne á no ser dueño y señor absoluto de una mujer tan hermosa como tú, siendo esta mujer la suya propia, me parece una abnegación... inverosímil.

Aquí se sonrió Sagrario, contó con los ojos y con el pulgar y el índice de su mano izquierda las varillas de su abanico abierto; y sin cesar en este entretenimiento ni mirar derechamente á su interlocutora, la replicó con acento de indiferencia:

—Después de todo, ¿qué más le da?

—¡Pues me gusta!...

—Lo dicho, Nica—añadió Sagrario animándose un poco más;—y si te parece mucho así, pongamos *casi, casi*.

—No lo entiendo, hija—respondió Verónica con visibles muestras de curiosidad, y otras tantas de sus intenciones de tirar de la desjuiciada lengua de Sagrario.—Si no lo pones más claro, como si callaras.

Volvió la rubia á contar el varillaje de su abanico; cerróle de pronto con estrépito; incorporóse de un salto; rodeó con sus brazos el cuello de su amiga, y la dijo al oído un secreto.

—¡Pobrecillo!—exclamó la otra, en cuanto Sagrario volvió á sentarse, abriendo el abanico con las dos manos y poniéndose también á contar el varillaje con los ojos un tantico cobardes.

—Como lo oyes,—dijo la otra algo lisonjeada con el éxito de su confianza.

—Y tú ¿de qué lo sabes?—preguntó Verónica atreviéndose poco á poco.

—De que me lo ha confirmado él con la mayor desvergüenza.

—¡Confirmado! ¿Luego ya lo sabías?

—Por Leticia, á quien se lo dijeron amigos íntimos de Gonzalo.

Volvió á contar las varillas de su abanico Verónica; calló también Sagrario, mirando el paisaje del suyo; y dijo á poco rato la primera, acaso por mudar de conversación, quizás porque realmente deseaba ver á su amiga apurar la materia á que se referían sus palabras:



—Volvamos un momento al caso aquel de tu teoría sobre...

—¡Hola!... ¿Si te habrá caído en gracia?

—Se me ocurre un reparo que ponerte.

—¿Acaso nacido de lo que acabamos de tratar?

—Precisamente de ello... pero de su casta es.

—Pues venga el reparo.

—Si el matrimonio es la mortaja del amor, como has venido á decirme en substancia, y han dicho antes que tú muchos *calaveras* que se han casado en seguida, ¿por qué te casas en la forma que lo haces?

Quedóse un poco suspensa la interpelada, como si no entendiera bien el alcance de la pregunta, y dijo á la interrogante:

—Si concretaras el caso un poquito más...

—Concrétote—repuso la otra; y añadió:—si lo que te interesa es conservar el amor que sientes, *por hoy*, y este amor es de más hondas raíces que el de ayer... y el de anteayer, porque no tienen cuenta los que te he conocido...

—Gracias.

—Es justicia.

—Como te parezca... Adelante.

—Si lo que te interesa, digo, es conservar ese amor con todos sus encantos, ¿por qué te casas sin maldita la necesidad? Conságrate á él, con vida y alma...

—¿Soltera?

—Soltera.

—¡Bah! Entonces no me has entendido; porque

ese es precisamente el amor tonto que yo exceptué; y el amor de que yo trato, es amor de más substancia, de más... en fin, que no es amor para doncellas.

Parecióle demasiado crudo el concepto á Verónica, á juzgar por la cara que puso, y dijo, con miedo de escuchar algo peor:

—De manera que, para complemento de la teoría, es también de necesidad *algo* de matrimonio.

—Indispensable, Nica. ¡Como que es... la *patente de corso*!

—¡Jesús, qué chica esta!—exclamó Verónica, verdaderamente asombrada.

—¡Ahora te desayunas—la preguntó Sagrario con desenvuelta frescura,—y con remilgos de beata te me vienes? Pues ¿qué ha hecho Leticia, entre otros cien ejemplos que pudiera citarte, sino buscar la patente esa, ó aceptarla con gusto, por lo menos?

—Leticia no dice esas cosas...

—No, pero las hace. ¡Te aseguro, y bien lo sabes tú, que se aprovecha de la patente como el corsario de más hígados!

Vuelta Verónica á lo suyo y siguiendo en cuanto podía el tono de su amiga, atrevióse á replicarla:

—Se me ocurre otro reparo que hacer, no á tu teoría precisamente, sino al modo que has tenido de ponerla en práctica: la patente que adquieras en tu matrimonio, de nada ha de servirte.

—¿Por qué?

—Si es cierto lo que me has contado al oído...



—Te dije que *casi, casi*: recuérdalo... y entre ello, por poco que sea, y el extremo que tú pensabas, cabe perfectamente la gran vida que puede darse una mujer de tan buen gusto como yo.

—¡Y con esas teorías, y con esos... hígados—dijo Verónica levantándose y dando á su amiga unos golpecitos en cada mejilla con el abanico cerrado,—te me andabas con melindres al comenzar á hablarme de tu casamiento, como una colegialilla ruborosa?

—Pues, créeme—respondió Sagrario, levantándose también:—así y todo, me costaba empezar. Pero necesitaba este desahogullo en vísperas de trance tan nuevo. Aunque una está tranquila de conciencia, gusta recibir los alientos de tan buenas amigas como tú.

—¡Valiente pieza estás!—respondió ésta riéndosele muy cerquita de la cara.

—Pues te voy á pagar el piropo con un gran consejo—repuso Sagrario, deteniendo á su amiga, que ya había echado á andar:—no te cases con Pepe Guzmán, aunque, por milagro de Dios, lo pretenda él; pero si don Mauricio *el Solemne* pide tu mano, acéptale.

## X.

Aquella noche durmió Verónica bastante mal, porque le dió mucho en que entretenerse el recuerdo de su conversación con Sagrario. Aunque ésta la tenía acostumbrada á sus genialidades, que no eran siempre de color de rosa, jamás había oído de sus labios palabras tan crudas ni pensamientos tan atrevidos. Y no era el escándalo de estas *sinceridades* lo que la mortificaba al acordarse de ellas, pues estaba curada de ciertos espantos y había en su naturaleza, relativamente fría, y si no fría, serena y bien equilibrada, aguante para mucho más; sino la coincidencia inesperada del fruto de sus largas y minuciosas investigaciones por el organismo, digámoslo así, del medio ambiente en que respiraba y se movía, con las *teorías* expuestas por Sagrario. Una cosa es el juicio callado que formamos por el esfuerzo único de la propia observación, y otra muy distinta ese mismo juicio cuando le vemos confirmado á voces por los demás. Sin ser un verdadero hallazgo entonces, parécenos de doblada consistencia; y esto le presta cierto color de novedad.



Después de andar divagando por estos espacios con las alas de su imaginación, de amiga en amiga, de conocida en conocida, pesando y midiendo los actos y las palabras, la vida y milagros de cada una de ellas, y cuando vió que si, entre tantas, eran muy contadas las que tenían el desparpajo de Sagrario para descubrir los repliegues de la conciencia y los escondrijos del corazón, eran todavía menos las que no cabían en los moldes trazados por la desenvuelta rubia, pensó en el consejo que ésta la había dado por despedida. ¡Demonio con el consejo! Cierto que no podía darse otro más acomodado á la manera de pensar de la consejera, y sobre todo, por lo tocante á don Mauricio, *el Solemne*, como ésta le llamaba; pero ¿á qué traer á colación á Pepe Guzmán? ¿Qué había visto en él Sagrario para aconsejarla á ella que no le aceptara por marido «aunque *por milagro de Dios* lo pretendiera?» Por supuesto que esta condicional la usó Sagrario teniendo en cuenta la fama de incasable que gozaba el aludido, no porque la considerara á ella indigna de aquel otro heroísmo de este Guzmán. ¿Cómo había de saber, la muy curiosa y entrometida, lo que ignoraba sobre el caso la misma interesada? Al fin y á la postre, ¿qué había pasado entre Pepe Guzmán y ella? Nada en substancia. Que, por entonces, era Verónica la que merecía las preferencias corteses del incombustible caballero; que hablaban á menudo; que la conversación de él le parecía muy amena y entretenida á ella, y que, según ella podía juzgar, no le desagradaba la

suya al otro; que de esta mancomunidad de complacencias, había ido naciendo como cierto propósito de variar de tema en las conversaciones, y de meter la sonda de la curiosidad en las espesuras del alma y en las profundidades del pensamiento; que se andaba tiempo hacía en preparativos de ello más ó menos ingeniosos, y que todo esto y mucho más podía hacerse entre un hombre tan desapasionado como Guzmán, y una mujer tan despreocupada como ella, sin que el amor interviniera para nada en el juego... ¡Amor! Guzmán, según fama, era incapaz de sentirle por ninguna mujer. Era así su naturaleza. En cuanto á ella, Verónica, ¿en qué había de fundarle? Reconocía que era hermoso de cuerpo, noble de alma, y culto y rico de inteligencia; que levantaba muchos codos por encima de los galanes frívolos, de los mozos simples y de los viejos verdes que más abundaban á su alrededor; que sentía una lícita y honda complacencia en verse objeto de sus codiciadas atenciones; que le oía con gusto y que se apartaba de él con cierta pena; que después de cada entrevista le duraba su recuerdo largas horas; que se preparaba para la inmediata con mayores precauciones que las de costumbre en parecidos casos, y, por último, que haría cualquier sacrificio por vencerle en el duelo medio empeñado entre ambos, es decir, por arrancarle el secreto de sus intenciones, la primera gota... vamos, la señal de que el hielo se fundía al calor del... *interés* que ella le inspiraba; pero ¿no puede sentirse y desearse é intentarse todo esto sin



amor? ¿No bastaba el móvil de la curiosidad para que lo sintiera, lo deseara y lo intentara una mujer como ella? ¡Oh! el amor presenta síntomas bien diferentes de estos; se nota en algo más profundo y más sensible que la memoria y el discurso; se siente en lo más vivo del corazón, y el de ella no era, hasta la fecha, más que una víscera que funcionaba con la inalterable regularidad de un cronómetro.

Discurriendo por esta senda, llegó á topar con el sueño, que la venció tras breve lucha; tan breve, que con serlo mucho más el nombre de *Pepe*, se le quedó éste á la hermosa entre los húmedos labios, por falta de tiempo para acabar de pronunciarle; de manera que del acto aquel, medio inconsciente, más que palabra vino á resultar un beso...

Pero volvamos ahora á Sagrario. Su casamiento no tardó en celebrarse más que el tiempo puramente indispensable para los preparativos de él, hechos por la posta á fuerza de oro. ¡Y qué preparativos, santo Dios! En los periódicos elegantes no cabían las listas de tantas y tantas ropas, de tantas alhajas, de tantos muebles, de tantos caprichos de arte, comprado esto, regalado lo otro, tanto en París, cuanto en Viena; aquello de Florencia, de Londres lo de más allá; de Bruselas los encajes, del mismísimo Japón y del propio Sevres las porcelanas; de Bohemia la cristalería de color; de puro rocío cuajado, la de mesa; lo que costaba el traje de novia, blanco como los ampos de la nieve; lo que podría comprarse, para avió de dos docenas de

familias mal acomodadas, con lo que valían las joyas y el *trousseau* que regalaba el novio, sin contar con otro tan lucido que acababa de recibir «la hermosa *prometida*» como regalo de sus padres... Todo lo fisgoneaban, todo lo sabían y todo lo conocían por adentro y por afuera, por arriba y por abajo, los diligentes revisteros, y de todo escribían sin tregua ni descanso, sin calo ni medida, mojando la áurea pluma en «ámbar desleído» y sahumando el papel con nubes olorosas de mirra y algalia del Oriente. Así transcendía ello, que mareaba. Del «lecho nupcial,» tesoro inapreciable de maderas, bronces, lienzos, sedas y brocados, y del simbólico *boudoir*, obra de hadas, que no de mortales, ¡Cristo mío, qué cosas se escribieron!... En fin, hasta para los carruajes ingleses, y para los caballos que habían de arrastrarlos, y para los levitones peludos de los cocheros que habían de conducirlos, hubo jarabe en las plumas, y sahumeros en los incensarios de aquellos ingenios de guardarropía.

Tras esto, que duró muchos días y fué el pasto sabroso de todas las mujeres y de todos los hombres frívolos de la corte, llegó la hora suprema; y vuelta á empezar los pobres chicos con nuevos catálogos de indumentaria, de piropos inverosímiles y de sensiblerías y *finezas* cursis: que si la novia así ó del otro modo; que si pálida, que si pensativa; que si con sus cabellos rubios y sus atavíos blancos, parecía una joya de oro entre copos de nieve; que si el Patriarca, que si los padrinos, que si las amigas; que si quince duques, y veinte mar-



queses, y treinta condes, y no sé cuántos destituidos, de comitiva; y si la fila de coches llegaba desde tal á cual parte, y si hubo entre ellos uno de palacio, con las correspondientes damas; y quien, en el momento crítico, «vertió lágrimas furtivas;» quien se desmayó, ó quien parecía arrobada en el más dulce de los éxtasis... ¡Hasta del novio se dijo que era «un varón, honra y prez y *esperanza* de su preclaro linaje!»

Después, el espléndido banquete en los estu- pendos comedores de la casa de la «hermosa des- posada;» y aquello fué la de vámonos. De lo que allí hubo, con ser tanto lo que se dijo, fué mucho más lo que se devoró. *Aljófar*, el tierno poeta de los salones, que de eso vivía y de otras fechorías semejantes, enronquecido de cantar la hermosura y las pomposidades de la novia en los periódicos elegantes, con un hartazgo para ocho días, y bien atiborrado de Champagne, sin soltar la copa de la zurda desenvainó un soneto con la diestra; y con- movido y mojando la pestaña antes de leerle, acom- metió de nuevo «á la hechicera reina de la fiesta» (con todas estas asonancias), y la puso hecha un tapiz chinesco, con grandes aplausos del ilustre concurso que le reputaba por el más grande de los poetas coetáneos, y con arroyos del «llanto» que sabía verter el propio vate á cada estrofa, el cual llanto apagaba con tragos del espumoso néctar: casi como el pegotón aquel de marras,

«Llorando sin cesar lo que sorbía,  
Y sorbiendo á la vez lo que lloraba.»

Por conclusión de estos y otros lances que no caben en papeles, los preparativos del viaje de los novios; las despedidas, el lagrimeo, los síncope; lances todos ellos que habían de ser tema para el rudo trabajo de tres días de los complacidos y galantes revisteros, y de un epitalamio incomen- surable del mimado poeta, obra de empuje y subs- tancia, como concebida entre los horrores de la di- gestión de lo del banquete, digestión de *boa cons- trictor*, por la duración y la dosis, ya que no por la calidad de la metralla engullida.

Y con tanto charlar estos gacetilleros y poetas, no dijeron una palabra de don Mauricio, *el Solem- ne*, sino para citar su nombre entre los más «con- spicuos» concurrentes; nada de sus ahogos al *mee- roodeear* materiales para un brindis, al primer tapo- nazo del Champagne; nada de sus moribundas mi- radas á la «*picante beldad*, ilusión consoladora de los espléndidos marqueses de Montálvez;» nada de ciertas *finezas metafóricas* que el deslumbrante ban- quero logró deslizar al oído de la elegante dama, como tímido recuerdo de sus anteriores memo- riales.

Nada pescaron tampoco aquellos lince de plu- ma, del ingenioso y breve diálogo sostenido entre Pepe Guzmán y su predilecta amiga, formando la más gallarda y distinguida pareja que podía ima- ginarse; en el cual diálogo se parafraseó, con toda la discreción y gracia posibles, y no sacado á plaza por la interlocutora, sino por el sagaz interlocutor, el tema aquel que Sagrario confió al oído de su



amiga; y se insinuaron, quizá en virtud del calor y motivo de la fiesta, las primeras estocadas del consabido duelo pendiente entre estos dos expertos espadachines de la intriga galante.

Tampoco tuvo en la prensa todo el éxito que mereció la casi augusta solemnidad con que el buen marqués de Montálvez desempeñó su papel en la fiesta, particularmente durante el breve rato que conversó *aparte* con el Presidente del Consejo de Ministros, y cuando, después de estrecharle reverentemente la mano, le dijo algunas palabras al oído el Capitán general de Madrid, vestido de gran uniforme. ¡Oh, qué actitudes y qué mímica las suyas en aquellas dos singularísimas ocasiones! ¡Qué bofetón más sonoro para «los hombres del Gobierno» que todavía le regateaban la credencial de senador! ¿Dónde hallarían ellos para ese cargo otro viejo más distinguido, más *serio*, más limpio, más planchado, más opulento, ni más adaptable por su tipo, al grave ceremonial del «alto Cuerpo Colegislador?»

En fin, por callarse cosas importantes los cronistas de la solemnidad, ni siquiera mencionaron al general Ponce de Lerma, hombre grosero que, en menos de dos horas, riñó tres veces con el ministro de la Guerra, y dió de puntapiés á un lacayo en un vestíbulo, porque al pasar, cargado de despojos de la mesa, le manchó el frac con una salsa amarilla, mientras su mujer (la del general) departía en animado, interesante diálogo, con el subsecretario de Gobernación, gran mozo, candidato á

ministro para la primera crisis, soltero y de gran prestigio entre las damas elegantes. Era como la sombra de Leticia, desde que Pepe Guzmán se había decidido á ser la de Verónica...

Cierto que todas estas cosas mejor eran para llamadas que para dichas... casi tanto como las otras que se dijeron y se cantaron en prosa y en verso; pero los oficios, ó ejercerlos á conciencia ó no ejercerlos... En virtud de lo cual hago yo aquí punto redondo, antes que al impaciente lector le parezca larga esta digresión, que nada quita ni pone al interés de la presente historia.